

# Poema de vejez y de amor

[Poema - Texto completo.]

Ramón López Velarde

Mi vida, enferma de fastidio, gusta  
de irse a guarecer año por año  
a la casa vetusta  
de los nobles abuelos  
como a refugio en que en la paz divina  
de las cosas de antaño  
sólo se oye la voz de la madrina  
que se repone del acceso de asma  
para seguir hablando de sus muertos  
y narrar, al amparo del crepúsculo,  
la aparición del familiar fantasma.

A veces, en los ámbitos desiertos  
de los viejos salones,  
cuando dialogas con la voz anciana,  
se oye también, sonora maravilla,  
tu clara voz, como la campanilla  
de las litúrgicas elevaciones.

Yo te digo en verdad, buena Fuensanta,  
que tu voz es un verso que se canta  
a la Virgen, las tardes en que mayo  
inunda la parroquia con sus flores:  
que tu mirada viva es como el rayo  
que arranca el sol a la custodia rica  
que dio para el altar mayor la esposa  
de un católico Rey de las Españas;  
que tu virtud amable me edifica,  
y que eres a mis ósculos sabrosa,  
no como de los reyes los manjares,  
sino cual pan humilde que se amasa  
en la nativa casa  
y se dora en los hornos familiares.

¡Oh, Fuensanta!: mi espíritu ayudado  
de tus manos amigas,  
ha de exhumar las glorias del pasado:  
En el ropero arcaico están las ligas  
que en el día nupcial fueron ofrenda

del abuelo amador  
a la novia de rostro placentero,  
y cada una tiene su leyenda:  
«Tú fuiste, Amada, mi primer amor,  
y serás el postrero».

¡Oh, noble sangre, corazón pueril  
de comienzos del siglo diecinueve,  
para ti la mujer, por el decoro  
de sus blancas virtudes,  
era como una Torre de Marfil  
en que después del madrigal sonoro  
colgabas los románticos laúdes!

Yo obedezco, Fuensanta, al atavismo  
de aquel alto querer, te llamo hermana,  
fiel a mi bautismo,  
sólo te ruego en mi amoroso mal  
con la prez lauretana.

Tu llanto es para mí linfa lustral  
que por virtud divina se convierte  
en perlas eclesiásticas, bien mío,  
para hacerme un rosario contra el frío  
y las hondas angustias de la muerte.

Los vistosos mantones de Manila  
que adornaron a las antepasadas  
y tienes en las manos delicadas,  
me sugieren la época intranquila  
de los días feriales  
en que el pueblo se alegra con la Pascua,  
hay cohetes sonoros,  
tocan diana las músicas triunfales,  
y la tarde de toros  
y la mujer son una sola ascua.

También tú, con las flores policromas  
que engalanan los clásicos mantones  
de Manila, pudieras haber ido  
a la conquista de los corazones.

Mas ¡oh Fuensanta!, al buen Jesús le pido  
que te preserve con su amor profundo:  
tus plantas no son hechas  
para los bailes frívolos del mundo  
sino para subir por el Calvario,  
y exento de pagano sensualismo  
el fulgor de tus ojos es el mismo

que el de las brasas en el incensario.

Y aunque el alma atónita se queda  
con las venustidades tentadoras  
a las que dan el fruto de su industria  
los gusanos de seda,  
quiere mejor santificar las horas  
quedándose a dormir en la almohada  
de tus brazos sedientos  
para ver, en la noche ilusionada,  
la escala de Jacob llena de ensueños.

Y las alegres ropas,  
los antiguos espejos,  
el cristal empañado de las copas  
en que bebieron de los rancios vinos  
los amantes de entonces, y los viejos  
cascabeles que hoy suenan apagados  
y se mueren de olvido en los baúles,  
nos hablan de las noches de verbena,  
de horizontes azules,  
en que cobija a los enamorados  
el sortilegio de la luna llena.

Fuensanta: ha de ser locura grata  
la de bailar contigo a los compases  
mágicos de una vieja serenata  
en que el ritmo travieso de la orquesta,  
embriagando los cuerpos danzadores,  
se acuerda al ritmo de la sangre en fiesta.

Pero es mejor quererte  
por tus tranquilos ojos taumaturgos,  
por tu cristiana paz de mujer fuerte,  
porque me llevas de la mano a Sion  
cuya inmortal lucerna es el Cordero,  
porque la noche de mi amor primero  
la hiciste de perfume y transparencia  
como la noche de la Anunciación,  
por tus santos oficios de Verónica,  
y porque regalaste la paciencia  
del Evangelio, a mi tristeza crónica.

Los muebles están bien en la suprema  
vetustez elegante del poema.  
Las arcas se conservan olorosas  
a las frutas guardadas;  
el sofá tiene huellas de los muslos  
salomónicos de las desposadas;

entre un adorno artificial de rosas  
surgen, en un ambiente desteñido,  
las piadosas pinturas polvorientas;  
y el casto lecho que pudiera ser  
para las almas núbiles un nido,  
nos invita a las nupcias incruentas  
y es el mismo, Fuensanta, en que se amaron  
las parejas eróticas de ayer.

Dos fantasmas dolientes  
en él seremos en tranquilo amor,  
en connubio sin mácula yacentes;  
una pareja fallecida en flor,  
en la flor de los sueños y las vidas;  
carne difunta, espíritus en vela  
que oyen cómo canta  
por mil años el ave de la Gloria;  
dos sombras dormidas  
en el tálamo estéril de una santa.

#### ENVÍO

A ti, con quien comparto la locura  
de un arte firme, diáfano y risueño;  
a ti, poeta hermano que eres cura  
de la noble parroquia del Ensueño;  
va la canción de mi amoroso mal,  
este poema de vetustas cosas  
y viejas ilusiones milagrosas,  
a pedirte la gracia bautismal.

Te lo dedico  
porque eres para mí dos veces rico;  
por tus ilustres órdenes sagradas  
y porque de tu verso en la riqueza  
la sal de la tristeza  
y la azúcar del bien están loadas.